

CONFERENCIA A LOS COOPERADORES SALESIANOS

Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.

EP. SAN PABLO A LOS ROM., CAP. VIII., v. 28.

Sabemos también nosotros que toda las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios.

Reverendo Padre Superior:

Señoras y señores:

Dios en su infinita misericordia ha querido que su Providencia paternalmente amorosa se manifieste a los hombres, hijos de su más fina caridad, de acuerdo con circunstancias especiales de su vida y en el momento escogido de antemano en los eternos designios por la Divina Economía.

De ahí que suscite de tiempo en tiempo, entre el oleaje hervoroso de la humanidad, a manera de faros gigantescos que hurten con su luz la negrura de la noche y hagan la luz en las inteligencias ensombrecidas por la ignorancia y el pecado, claros varones, menos famosos por sus prendas y partes humanas que por las virtudes que enriquecen su corazón y los carismas que avaloran sus almas.

Ellos, continuadores de la Obra Divina, cooperadores del Verbo de Dios hecho carne, a manera de piedras miliarias señalan a la caravana humana durante esta penosa y larga peregrinación a través de este valle de lágrimas, la ruta florecida, el amplio sendero que lleva de la llanura árida y seca a la Montaña Santa que en incierta lejanía se pierde entre las sombras del

misterio, iluminada apenas por suaves resplandores de la Luz Indeficiente.

Y por eso, en medio del constante vaivén de las humanas pasiones, de entre la arena movediza de la voluble voluntad del hombre y por sobre la fugacidad de todo lo caduco y meramente terrenal, irguense altivos y dominadores los videntes, los santos, a pesar de su profunda humildad y su común empeño, de ocultarse, empequeñecerse y tratar de ocultarse a ojos humanos, pues islotes roqueros de ese mar agitado, cimientos basálticos de esa hermosa fábrica y firmes columnas de tan grandioso templo, la Iglesia de Cristo, han sido formados por Dios mismo para resistir los embates de la ola humana, el trastorno de las fuerzas desencaminadas y la pica demoleadora del tiempo y del olvido.

Sus obras, trasuntos de la Divina, inspiradas por Dios, alimentadas por la caridad, sostenidas por la esperanza y ennoblecidas por la fe, parecen tocadas de eternidad, arrancadas al tiempo y enclavadas en ese hondo y quieto remanso que ocupa como lugar intermedio entre el reposo inmutable de lo eterno y el perenne variar del tiempo fugitivo.

Veinte siglos han corrido sobre el cuadrante de la eternidad, y el tiempo volador ha amontonado centuria tras centuria en el mar insondable de lo pasado todos los esfuerzos de los hombres y las vanas quimeras de la humanidad.

Unas en pos de otras han pasado las escuelas filosóficas con su larga teoría de maestros e hipótesis; las ciencias y las artes con su cortejo deslumbrador, la helada e infecunda *filantropía* con sus pujos de virtud y sus vanos intentos, sin dejar de su paso por el mundo más que huella movediza semejante al rastro que es-

tampa el pie del peregrino en la variable arena del desierto.

Las teorías más flamantes, como las olas de revuelta mar, han desaparecido a los rudos empujes del pensamiento; y todas las quimeras que forjó el ensueño y engrandeció el orgullo y quiso eternizar la soberbia, se han puesto como soles caducos tras las altas y opacas montañas del olvido luégo de fulgurar cortos instantes en el breve cielo de los siglos; se apagaron en la noche del pasado con triste palidecer de estrellas lejanas que apenas si llegan a nosotros través de las edades con claridad de soles envejecidos y frío de astros muertos.

Al recorrer con la mirada los tiempos idos, las edades remotas, para buscar en ellas, como en las presentes las obras inmortales del hombre, la huella fecunda del *altruismo* y la *filantropía*, sólo descubrimos un yermo abandonado y allí un confuso hacinamiento de ruinas de entre las cuales surgen de trecho en trecho como girones de una gloria destruida, como fragmentos de una grandiosa fábrica, algo como un friso del Partenón o unos plintos musgosos, o unos arcos rotos del Coliseo, una que otra rara doctrina salvada del olvido, una teoría que escapó del naufragio, un pensamiento que vive en el panteón de las edades para recordar a las nuevas generaciones el aliento del pensamiento y corazón del hombre en otros tiempos, pero también para dar un solemne *mentis* al necio orgullo, a las obras humanas, meramente humanas, pues con su muda elocuencia aquellas pavorosas ruinas nos enseñan la vanidad de todo lo terreno, la eternidad de todo lo verdadero.

Sólo una obra vive hoy a través de los siglos con la lozana juventud de los primeros días; sólo un Maestro ha escapado de la mano implacable del olvido, sólo

una doctrina ha resistido los embates del tiempo y las miserias de los hombres; y la humanidad entera, pues la excepción no pesa en la balanza de la justicia, después de buscar aquí y allá la verdad cuya posesión lo lanza a todas las empresas; después de seguir estos y aquellos maestros; después de buscar y analizar todas las obras y todos los intentos, enferma, desengañada y triste, torna a buscar este único maestro para alimentar su espíritu agotado, con la sana doctrina que, vencedora de los siglos y engendradora de la única obra imperecedera, tiene hoy la misma fecundidad y lozanía que tuvo veinte siglos atrás y que ha de tener hasta el remate de los tiempos.

Y este Maestro es Jesucristo, y la Doctrina, el Evangelio, y su obra, la Iglesia Católica Romana; sólo El ha vencido la muerte, el tiempo y el olvido; sólo el Evangelio y la Iglesia no envejecen, no pierden con el correr del tiempo y antes bien corriendo parejas con él y ostentando como blasón de nobleza y rancio abuelo el sello augusto de los siglos, esa pátina que otorga la eternidad a las obras inmortales, cuentan no obstante en su favor la novedad de lo desconocido, la frescura de lo nuevo; *nova et vetera*, en frase del Evangelio.

Tan sólo en la Iglesia de Cristo, caldeada por el más puro amor, ilustrada por el Evangelio y animada por Dios mismo, encontramos esas otras obras, huellas de la Divina, que viven a través de los siglos en medio del oleaje de las pasiones y que amenazadas de muerte, unas veces, engrandecidas otras, y combatidas siempre por el espíritu del mal que pone en juego el egoísmo, o la indiferencia, o el odio, o la fuerza, salen a flote luégo para vogar a velas desplegadas por el ancho mar de la caridad cristiana.

Seminarios maravillosos de donde el Divino Sembrador saca el germen fecundo que, pequeño y ruin a ojos humanos, ha de mudarse al caer en tierra propicia en el árbol milenario en cuyas ramas anidarán centenares de almas y cuya sombra bienhechora cubrirá las cinco partes del mundo.

Tal es, señoras y señores, la obra de Don Bosco, el sacerdote santo, el padre de los huérfanos, la fuerza de los obreros, la muralla roquera que deteniendo el avance socialista de la hora presente, ha de salvar las almas a imitación de su Divino Maestro, llevándolas por el trabajo y la virtud al Reino de los Cielos, según el lema *ora et labora*.

En efecto: paréceme ver a Don Bosco con ojos de vidente, con mirada de águila, sondeando a través del velo espeso del porvenir a la manera de Juan, en Patmos, la suerte futura de la humanidad, el avance de las naciones a poder del progreso material, pero igualmente, el cuadro pavoroso que sería consecuencia lógica—dada la miseria humana—de aquella carrera desatentada en que el vapor y la electricidad, la rueda y el volante habrían de suplir el brazo humano, el trabajo del obrero.

Contemplaron sus ojos de padre cariñoso y de maestro experimentado en las escuelas del infortunio y la pobreza, aquella inmensa muchedumbre, aquellas miradas de obreros que sin pan y sin abrigo, sin trabajo y sin salario, luégo de hartarse de humillaciones y rechazos, acosados por el hambre, mordidos por el frío e impulsados por la necesidad, se lanzarían famélicos y ciegos contra sus amos, enarbolando el estandarte rojo de sus reivindicaciones.

Abarcó su vasto genio, adocetrinado por la experiencia y asistido por el espíritu de Dios, el cuadro actual de las modernas sociedades; adivinó los alien-

tos de las democracias del siglo XX y columbró el socialismo aterrador en todas sus formas, midiendo de antemano sus consecuencias al plantear el problema del *proletariado* en frente del capital; previó las luchas sangrientas entre el patrón y el obrero; la pugna entre el egoísmo indiferente de unos y la necesidad apremiante de otros, y pensó en el remedio; en la solución cristiana del conflicto, en la única nivelación posible de esta desigualdad protuberante y amenazadora.

Cierto que sociólogos no cristianos diéronse también a tarea—al menos posteriormente—de nivelar estas diferencias y solucionar estos conflictos: pero vanos resultaron sus esfuerzos y nugatorios sus empeños, pues alentados sólo por la vana *filantropía* que no trasciende las fuerzas meramente humanas, buscando con frío cálculo formas de mera orientación política y atendiendo ante todo a su propio bienestar y conveniencia, o encallaron en empresa que pide alientos de gigante y rectitud de ángeles o se perdieron entre la hojarasca de fórmulas retóricas y de necia y veleidosa vanidad, como acontece actualmente a quienes intentan remediar con recursos puramente humanos lo que pide curación divina y medios sobrenaturales, si es que acaso no son meras palabras, vacías de verdad y sentimientos, que no tienen más fin que su propia alabanza o medro personal.

«El fin del catolicismo en esta última parte del siglo XX dice, Eça de Queiroz—debía, según su idea, ser la redención definitiva de los obreros, los modernos esclavos del industrialismo; y esa redención sólo podría ser intentada y realizada por la Iglesia Romana, con su Conquistador espíritu de caridad universal.»

Tocaba pues a la Iglesia Católica, plena de la virtud divina, sacar fuera ese aliento vigoroso que estirpando el mal de raíz, o aplicando la medicina salvadora, diera cumplida solución al problema.

Y fue el sacerdote Juan Bosco el Agente Providencial que debía llevar a término feliz la empresa, restableciendo el equilibrio entre dos fuerzas opuestas y haciendo reinar la paz y la perdida armonía entre extremos de tan diversas tendencias.

Y así como el Pobrecillo de Asís en los siglos medios tendió un puente levadizo entre la altivez y soberbia de los señores feudales y los hijos de la Gleba, los desheredados de la suerte, predicando de palabra y de obra, la pobreza, el desprendimiento y la humildad; así Don Bosco restableció la armonía e indicó el remedio señalando a la caridad cristiana su campo de acción propicio en este conflicto, apoderándose de los niños ignorantes y huérfanos para instruirlos y doctrinarlos, formar luego obreros cristianos y oponer así un dique a la ola arrolladora que amenazaba desquiciar la sociedad contemporánea en medio del más espantoso cataclismo.

De este pensamiento, hijo del genio y la caridad cristiana, madre fecunda e inagotable, surgieron los oratorios festivos para los niños pobres, las escuelas dominicales, diurnas y nocturnas, para los hijos del pueblo, los talleres para los obreros, los leprosorios, para las víctimas del dolor, y los orfanatos para las niñas, arrebatadas así en edad temprana al vicio, a la miseria y a la deshonra, a más de colegios y escuelas donde se echan los fundamentos cristianos que deben realizar lenta pero eficazmente la magna obra de la regeneración social contemporánea, haciendo surgir de de aquel caos, de aquella nada social, ese nuevo mundo cristiano y batallador.

Seguir paso a paso la obra de Don Bosco ni sería empresa fácil en una corta conferencia, ni es tan atrevido mi empeño. Recordad, solamente, que no obstante las luchas, las contradicciones y aun guerra abierta

que le juraron, el infierno que vio mermadas sus mesnadas, el egoísmo de unos, la envidia de otros, y la ignorancia y estultez de los más, esta empresa divina no sólo contó con el apoyo de los buenos, sino que aun los extraños a la religión la alentaron y patrocinaron.

Los poderes civiles viendo en la obra de Don Bosco un valladar inmovible contra los avances socialistas y los brotes demagógicos, hijos de la revolución y las doctrinas filosóficas del último siglo, la apoyaron y aun le dieron carta de naturaleza; y los romanos pontífices, entre ellos el Santo Pío IX y aquel coloso que fue León XIII, la consideraron obra divina y medio seguro de combatir el mal del siglo, y por ello la bendijeron y apoyaron con todo el calor de tan grandes almas y tan levantados entendimientos.

Y no podía ser de otra suerte; amparar la niñez desvalida, ilustrar con la lumbre de la verdad inteligencias que yacían en sombras de muerte, arrancarla de los brazos del vicio y de las garras del crimen; hacerla apta para la lucha por la vida armándola con armas dignas y cristianas; modelar esos corazones en el troquel evangélico hasta levantarlos al nivel de los que plugo a Dios colocar en sitio más culminante; nivelar las enormes desigualdades que el capital trajo consigo logrando que los unos miren con piedad a los otros; que el patrón sea justo y equitativo y que el obrero obedezca, trabaje, y lleve con amor su pobreza por amor de Cristo que al redimirlos los igualó sin destruir las humanas desigualdades, necesarias para la armonía del universo, es empresa divina no humana, sobrenatural no terrena. Requiere virtudes heroicas, corazón cortado a la medida del corazón de Dios y alientos que sólo pueden dar la gracia, la vocación divina; por ello tal empresa no puede ser obra del cálculo y la filan-

tropía sino de la caridad más ardiente, del celo de un apóstol; se necesita la locura de la Cruz aunque como ésta sea escándalo para unos y locura para otros.

Su carácter divino quedará asegurado ya que los medios empleados: pobreza, abnegación y sacrificio no guardan proporción con el fin intentado: mudanza radical de la sociedad moderna, solución del más pavoroso de los problemas que ha confrontado la humanidad y admirable fecundidad que aumentando día a día y año por año, lleva y extiende por la redondez del mundo la obra del fundador.

Mudar los candidatos del presidio por ciudadanos útiles a la patria y a la Iglesia, encauzar la voluntad por el estrecho sendero de la virtud, ilustrar la inteligencia con la luz de la verdad, levantar el nivel moral de los niños, los hombres del mañana; abrir a las muchedumbres paso al camino del bienestar moral y físico; suavizar las relaciones entre patronos y obreros, llenar el abismo abierto por el egoísmo y la indiferencia, es obra divina, porque el hombre solo, aun el mejor dotado, no podrá realizarlo como nos lo enseña la historia con su muda pero avasalladora elocuencia.

Gloria, pues, a Don Bosco, benefactor de la humanidad y digno cooperador de Dios en la misión de *restaurar todas las cosas en Cristo*. A él pueden aplicarse, y ya se están cumpliendo, aquellas palabras del Espíritu Santo: Los que enseñan a otros la justicia, brillarán en el cielo como estrellas por perpetuas eternidades (1).

* * *

Muerto Don Bosco, cerrados sus ojos a la luz de la vida terrena y abiertos a los fulgores de la eternidad, vio crecer y dilatar su obra por la redondez de

(1) Daniel. Cap. XII—v. 3.

la tierra como la sombra que proyecta el sol al ponerse tras las altas colinas de occidente.

Valdocco—semillero de virtudes raras y de sobre-humanas energías—vino a ser en pocos lustros un foco poderoso que irradió sobre el mundo, llevando por doquiera con el buen olor de las virtudes de Don Bosco su espíritu fecundo, caritativo y grande.

Y dejando su amado Turín, la bella Italia, la Europa misma, atravesó los mares, llenó las ciudades del mundo de Colón y aun penetró a las selvas vírgenes para llevar con la luz del evangelio, la fuerza avasalladora del trabajo, el aliento fecundo de la caridad de Cristo.

Y llegó a Colombia—tierra de héroes y cristianos—tomó carta de naturaleza entre nosotros y principió su civilizadora y alta misión.

Verdad que nuestro pueblo dócil y cristiano, no confronta aún problemas similares a los de sus hermanos de Europa; cierto que el socialismo arrollador apenas se conoce aquí de nombre porque entre nosotros, fuerza es decirlo, gracias a Dios no existe la lucha real entre patronos y obreros; aquí no hay verdadero *proletariado*, al menos en el sentido que tiene este vocablo en ultramar; hay pobres, es verdad, muchos pobres; suele haber unos cuantos ricos; pero ni falta trabajo, ni hay amos tiranos, ni son injustos los salarios.

La pobreza general del país, la mala situación fiscal de nuestros gobiernos, debida a múltiples causas ajenas al patriotismo, la tendencia de algunos órganos de cierta prensa doctrinaria y *avanzada* de última hora, o de inquietos oradores y políticos tropicales, henchidos de vanas quimeras y plenos de utópicos ideales, han dado lugar a varias manifestaciones hostiles que tienen cierto colorido socialista, cierto sabor revo-

lucionario y demagógico que pudieramos llamar *socialismo criollo* y *postizo*, distanciado del otro, sin principios sólidos si algunos pudiera tener, y más ideal que real, más aparatoso y retórico que verdadero y consciente. Nuestra manía de imitación extranjera ha sido la causa genitora de estas tendencias incipientes y que, Dios mediante, no han de arraigar entre nosotros, pueblo esencialmente cristiano y laborioso; pueblo joven, pleno de vida y de riquezas vírgenes aún.

Precisa, es verdad, mejorar las condiciones penosas de la clase obrera, pobre y desvalida a las veces; es necesario hacerles más fácil y hacedera la lucha por la vida; urge levantar en ello el nivel moral; capacitarlas por medio de la instrucción y el trabajo para realizar el fin a que están llamadas, abriéndoles cristianamente las puertas del porvenir con el trabajo santificador, el ahorro prudente y la moralidad de las costumbres.

Y así lo han entendido aquí la Iglesia y el Estado, y justo es decirlo—en la medida de lo posible y en ocasiones sobre lo posible—han trabajado y trabajan con tesonero empeño por aliviar su precaria situación, ilustrando sus entendimientos, fomentando el trabajo, alentando el esfuerzo personal. Que hablen por mí *La Santa Infancia* del doctor Camargo, honra y prez de la ciudad capitolina; *El Barrio Obrero*, *La Colonia Agrícola*, y *El Restaurante* del Padre Campoamor; *el Dormitorio* del doctor Valenzuela, *el Sindicato de la aguja*, *El Ropero de Lourdes*, *los varios círculos de obreros* en los diversos barrios de la ciudad, *la Sociedad de Santa Orosia*, *las Escuelas Nocturnas* y mil más instituciones cuyos nombres no recuerdo ni caben en el breve espacio de que dispongo. Obras todas que tienen por objeto o amparar la niñez desvalida, obreros y hombres del mañana, ciudadanos de la tierra e hijos del

cielo, o adoctrinar a los trabajadores, disciplinar su inteligencia, robustecer su voluntad y aliviar su suerte a poder de caridad y sacrificio.

A más de la iniciativa y del apoyo de los dos poderes débese esta reforma al celo del clero, tan mal comprendido y aun calumniado no pocas veces, y a la inagotable caridad de la sociedad bogotana; pero muy especialmente al cuidado tesonero, a la abnegación y noble entusiasmo de nuestras virtuosas damas, honor de Colombia y orgullo del hogar, porque es la mujer colombiana en cualquier estado y condición que se la mire, arpa eólica que vibra al unísono del corazón de la Iglesia y de la Patria: por ello en el suyo hallan eco simpático todos los infortunios y en su alma se dan cita todas las virtudes, presididas por su reina la caridad. Sus manos de seda, sus manos lidiales, saben curar heridas y restañar la sangre que de ellas mana; sus miradas cariñosas enjugan las lágrimas amargas que el dolor arranca a sus víctimas y sus palabras sedantes alientan, sostienen y consuelan.

Ajenas a todo egoísmo dan con largueza, y cuando es el infortunio, la miseria o el dolor quienes imploran hacen alarde de generosidad derrochando a manos llenas los tesoros de la tierra, las riquezas de su alma y las joyas invaluables de su caridad. Ellas—almas de apóstol y corazón de virgen—no conocen la palabra *imposible* cuando Dios pide, la patria reclama o el dolor implora.

Pero entre las obras máximas de la caridad de que hablamos, descuella como el cedro milenario entre la pompa montañera, la obra de Don Bosco.

Llegados aquí los salesianos en el año de 1890 con el inolvidable Padre Rabagliati, el apóstol de los leprosos, diéronse a la tarea de estudiar nuestro pueblo, sus necesidades y su reforma, e hicieronlo tan sabia y tino-



samente que los resultados lo pregonan con rara elocuencia.

Convencidos de que, como dijo el Reverendo Padre Aime, en memorable ocasión: «La cuestión obrera es una causa santa en su principio y sobrenatural en su fin; que a ella están íntimamente unidos los intereses vitales de la religión y de la patria. Que ella se nos presenta como los antiguos embajadores romanos envueltos en los pliegues de su anchuroso manto y nos propone la paz o la guerra, la felicidad del hogar cristiano o el terror del *club* socialista o anarquista; el respeto a las legítimas sociedades religiosas y civiles o el terrible principio ni Dios ni amo, con todas sus espantosas consecuencias» (1), tomaron por suya la empresa, se apoderaron de la niñez, fundamento de las nuevas generaciones, y modelaron en el troquel cristiano aquella masa plástica que debía dar a Colombia obreros cristianos, ciudadanos conscientes, cumplidores de su deber, defensores del derecho y la verdad.

Trabajando así previnieron el mal que vislumbró Don Bosco y que ha hecho riza y estrago en el viejo mundo, pues bien sabía que de esta suerte preparaban una silenciosa revolución al mal existente y oponían fuerte muralla a la ola pujante que venía allende los mares sobre la desprevenida América.

Dijeron con Leibnitz: «Dadme por un siglo la educación e instrucción de los niños y yo cambiaré la faz del mundo.» Y los hechos han comprobado su acerto.

Fundaron talleres, abrieron escuelas, iniciaron los oratorios festivos y hé aquí que los hijos de los pobres, los abandonados de la suerte, los que hasta ayer vagaban por calles y plazas, como víctimas destinadas

(1) *Don Bosco y la cuestión obrera*. R. P. Antonio Aime G., 1908—P. 6.

al crimen, al presidio y al deshonor, tuvieron techo y pan, instrucción y trabajo, es decir, porvenir y regeneración.

«En la escuela de Don Bosco—dice el Eminentísimo Cardenal Alimonda—no hay cuestión obrera; allí no hay nada que pueda asustarnos; antes se respira el ambiente más apacible de la paz y de la concordia. Atrayendo Don Bosco hacia sí la obra y la causa de los obreros, la corrige, la levanta, la diviniza» (1).

La escuela, el taller, el orfelinato hicieron su obra: los obreros se formaron en la práctica de la virtud; el problema social desapareció por completo y la paz y la armonía reinaron en la sociedad; sólo allí a donde no llegó el espíritu del fundador, donde no se ha sentido su bienhechora influencia han podido inocularse como virus ponzoñoso, estas doctrinas disolventes, enemigas del hogar, del trono y del santuario.

El gobierno de Colombia—eminentemente cristiano—y las autoridades eclesiásticas, apoyaron definidamente empresa a la par tan religiosa como patriótica, y sostuvieron y alentaron este pequeño núcleo llamado a operar en tan corto lapso de tiempo tan soberana transformación, pues como era natural el *hombre enemigo* se esforzó por destruir obra que tantas almas había de arrebatarse.

No faltaron espíritus, apocados unos, rebeldes otros, y enconados los más con la derrota anticipada que recibieron, que luchasen por combatir esta fuerza poderosa que había de aniquilar sus intentos, valiéndose para ello de baja y ruin emulación entre los mismos obreros, sin tener en cuenta que al proceder de tal suerte herían el mismo corazón del pueblo que adulaban y le causaban hondo mal.

(1) *Don Bosco y su siglo*—Discurso—P. 26.

Mas ya vosotros sabéis cómo sostenidos por Dios, protegidos por María Auxiliadora—alma mater de la obra salesiana—y alentados por Don Bosco, triunfaron de sus enemigos; y Bogotá, Ibagué, Medellín, Barranquilla están pregonando las eximias virtudes de los hijos de aquel claro varón, orgullo y prez de la humanidad.

Y no contentos con formar los hombres del mañana, la gran masa social, corrieron al «país del dolor,» a los Lazaretos de Agua de Dios y Contratación donde los Rabagliati, Unias, Garbari, Variara, Grippas, Bassignanas y muchos más cuyo recuerdo es santo, compitiendo en heroísmo, caridad y espíritu de sacrificio, llevan con el pan del alma y la palabra de consuelo, la resignación cristiana al espíritu y el pan, el abrigo y la medicina al cuerpo torturado por el dolor y la enfermedad.

A pesar de los tiempos y las dificultades de la hora presente; por sobre el cataclismo de Europa y sus consecuencias entre nosotros, los salesianos sostienen el Colegio de León XIII donde forman los dirigentes del porvenir, en su mayor parte becados a expensas de la Pía Sociedad; los talleres donde, de acuerdo con los modernos adelantos y en los varios departamentos de las artes, forman los obreros futuros, las fuerzas vivas de la Patria colombiana; el Noviciado, semillero de nuevos sacerdotes, continuadores de la obra del Venerable Fundador; los Lazaretos hasta ayer abandonados, florecientes hoy hasta donde lo permiten las penosas circunstancias actuales; los Oratorios Festivos, señuelos piadosos donde entreteniéndolos la niñez abandonada, cogen y pescan las almas como el Divino Maestro, y jugando los instruyen e instruyéndolos los educan y salvan del contagio fatal; y como remate y contera los Orfelinatos y Colegios de señoritas que las

Hijas de María Auxiliadora dirigen con tanto tino y maestría, pues plenas del espíritu de Don Bosco, y como Orden Segunda de la Pía Sociedad, laboran en favor de la otra mitad de la Patria, la mujer. De allí saldrán mañana las madres, las religiosas y las obreras destinadas a continuar en el hogar, el claustro y el taller la obra confiada por el Padre a la Comunidad Salesiana.

¿Qué me resta para terminar este desmañado discurso lleno de buena voluntad pero deficiente, incompleto y hartito lleno de lagunas? Excitaros, señoras y señores, cooperadores de tan magna obra, a continuar la empresa acometida, sin vacilaciones ni desvíos.

Al cooperar vosotros en esta obra redentora, tan cristiana como patriótica, os hacéis partícipes de los méritos y virtudes de los salesianos, pues sois como la Tercera Orden de esta gran familia, extendida hoy por el mundo entero. Formáis en las filas de Pío IX y León XIII, grandes cooperadores de Don Bosco: seguís las huellas de claros varones y calificadas damas, honor de su siglo y de su patria; laboráis por los intereses de la Iglesia y de las almas; servís a la Patria como vuestros mayores, engrandeciéndola en sus hijos y magnificándola en sus obras; y sobre todo, os hacéis auxiliares de Aquella que con su mano poderosa la defiende y ampara, y cooperadores de Cristo cuyo espíritu animó al venerable fundador y se perpetúa en su instituto, y que pagará con creces vuestra obra meritoria y divina.

Mucho ha realizado hasta el presente la Pía Sociedad, pero es mucho más aún lo que le falta por hacer: el mal está contenido, no extirpado: la ola avanza, crece, se avecina; es necesario luchar, detenerla, im-

pedir sus estragos, y ello requiere el concurso de todas las voluntades, el auxilio eficaz de todos los asociados.

En vuestras manos está, al menos en gran parte, la suerte de las almas, el porvenir de Colombia, la prosperidad de la Iglesia; Dios y la Patria os llaman por mi boca: los pobres, los obreros solicitan vuestro concurso por mi mediación.

Grandes han sido vuestros esfuerzos, dadivosa vuestra mano, magnánimo vuestro corazón, pero estáis recompensados con hartura en vista del buen éxito de vuestras limosnas. Un esfuerzo más, señoras y señores, y el triunfo será nuestro.

Allí donde tenéis vuestro tesoro, allí tendréis también vuestro corazón (1), dijo el Verbo de Dios, Sabiduría Eterna del Padre; pues bien: colocadlo en el cielo por manos de los pobres; ponedlo a rédito dándolo en favor de los menesterosos, para que el Señor encuentre vuestros corazones no en el polvo miserable de la tierra sino en el Arca Santa de los Cielos.

Si así lo hacéis, os haréis acreedores a las bendiciones de los pobres, los favoritos de Dios; a la alabanza de los buenos, a la gratitud de la Patria, a los méritos de los salesianos, al patrocinio de María Auxiliadora, al premio del Señor.

JORGE ARTURO DELGADO, M. A.

24 de mayo, 1920.

(1) *San Mateo*. Cap. vi, 21.

